

SEMBLANZA DE UN GRAN PINTOR ESPAÑOL DEL SIGLO XIX

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

DON José Denis Belgrano, pintor superdotado, de rica inspiración y provechosa actividad, desenvolvió en Málaga su brillante labor artística y didáctica en la segunda mitad del siglo XIX. Maestro de maestros, su humildad ínsita no impidió que su nombre pasase a los catálogos históricos con nota de valor inolvidable; pero demoró la expansión de su fama, manteniendo su nombre en la gustosa, amable y cordialísima intimidad de su tierra, cuna de grandes artistas. Aunque hoy ningún versado en arte puede regatearle méritos, la obra de Denis resulta desconocida para muchos que no deberían ignorarla.

Fué a Roma muy joven, pensionado por el marqués de Guadaro; pero Denis, que supo demostrar rápidamente la justicia y oportunidad de la generosa ayuda, retornó a Málaga, en lo más lucido de su carrera de éxitos, acuciado por amantísimos desvelos filiales, y ya no volvió a salir de su ciudad natal. En 1877 pintó un cuadro de género, «Una madre y una hija escuchando los consejos de un sacerdote», y concurrió a la Exposición Nacional del mismo año con tres lienzos preciosos: «Una manola», «Declara-

ción amorosa» y «Un asturiano». El Ayuntamiento de Málaga le encargó, en 1878, un retrato de la Infanta Mercedes de Orleáns.

En el Círculo Mercantil de la bella ciudad mediterránea se conservaban algunos de los mejores cuadros del maestro, entre ellos, «El palco de los toros», «Al piano», «Un quite» y «Currutaco», que fueron destruidos por el fuego el 18 de julio de 1936, fecha aciaga para los malagueños.

Ante «El currutaco», el maestro Sorolla preguntó a Jaraba, un día, visitando el museo del popular casino: «—¿Quién es este pintor que yo no conocía y que pinta tan magistralmente?» Aquel asombro estaba justificadísimo. Denis, en la plenitud de su maestría, era desconocido aún de los más célebres artistas de su tiempo. La falta de renombre nunca inquietó a don José, pero fué una desventaja durante su carrera. Cuando sus méritos se acrisolan y agigantan en el contraste, todavía hay que luchar un poco contra la niebla de olvidos y desconocimientos que se demora entre los legítimos laureles. Pero Denis tiene ya puesto seguro de artista personalísimo en el escalafón de la inmortalidad.

* * *

Denis es un auténtico pintor del siglo XIX en los mejores años de acción renovadora y anhelos de aire libre y sol. A quienes se extrañen del tal fijación de la figura en el tiempo, debemos advertir que el singular artista fué, si gran retratista y gran intérprete de tipos de salón o jardín, de pamelas y casacas y de ambientes íntimos, gran señor también del paisaje. Con estas notas reproducimos dos cuadros de este género, modelos de brillantez, de amor a la Naturaleza y a la vida en sus desbordamientos de color y de luz.

Sin embargo, Denis es fiel a su tiempo y a los conceptos estéticos heredados. Es decir, que no renuncia a lo tradicional, ni al proceso continuo de la pintura española. Le sobran aptitudes para brincar sobre prejuicios y modos; pero su talento tiene la suficiente humildad y la paciencia reflexiva que le interesa para no romper ninguna norma. Así aprovecha todo lo aprendido y prosi-

que la gloriosa tradición de la buena pintura española, aportando a ésta los frutos de una fecunda personalidad acuciante.

Denis es un extraordinario pintor de estudio, de interiores, conservador de una gracia española y un garbo de magníficos antecedentes. Pero, como es un pintor completo y progresivo, sale al campo en busca de la verdad revolucionaria del sol como el más arrebatado artista andaluz, ganoso de diaprura, de novedades vitales, de realidades doradas y hermosas. En tal aspecto, es fiel a su íntimo desasosiego espiritual por alumbrar caminos y fiel a su ambiente geográfico tan sugestivo, tan inspirador, tan deslumbrador. No hay mejor manera de ser pintor español que la de amar los temas natales. Algo análogo se puede opinar respecto de los poetas, los escritores y los músicos y, en general, de todos los artistas. Denis es un excelente pintor de España, porque es un magnífico pintor de Málaga.

Se ha elogiado mucho el dibujo de Denis, la técnica rotunda y expresiva de sus telas, sus brillos y sus efectos de calidades comparadas. En eso se advierte, a nuestro juicio, la eficacia de un aprendizaje a conciencia y el triunfo aparentemente fácil, pero en rigor de verdad difícil, de unas aptitudes puestas a prueba de continuo en el adiestramiento. Semejante celo, entre vocacional, humilde y artesano, hallamos en casi todos los verdaderos maestros famosos a quienes ligeramente se atribuye una prodigiosa facilidad para hacer. Pero Denis no es sólo admirable por lo honradamente que domina su oficio y se vale de él para lucir el ingenio propio. Denis es también admirable porque compone con una singular maestría. Contemplemos, por ejemplo, el cuadro «Después de la corrida». Sin el acierto que en ese y otros lienzos revela para colocar las figuras y combinarlas, sujetándolas a ondulaciones de perfiles expresivos, con un hondo sentimiento de la línea y un presentimiento del conjunto de líneas —esto es, de la armonía de la composición—; sin tal secreta, humilde y tremenda victoria, la fama de Denis quedaría limitada al concepto de lo gracioso, de lo lindo y de lo coruscante. Después de las anteriores observaciones, Denis se clasifica entre los grandes pintores españoles de su tiempo

y resalta del plantel malagueño por una suma de cualidades fundamentales de maestro que nada ignora y en todo supera el límite de lo bueno para alcanzar grados en lo extraordinario.

Humano, humanísimo, se deja influir, que no inspirar, por las escenas casi domésticas de la Andalucía de su alrededor, que es el modo de no falsearla. Toreros y mujeres de rompe y rasga no son en sus cuadros siluetas tópicas, ni muñecos de pandereta, sino seres representativos muy dignos del pincel, con calor de pasión y excesos de alegría, con todo el garbo de lo auténtico, simple, elemental, popular y hermoso que, por sus apretados valores étnicos y estéticos, se hace mito fragante y leyenda apasionada.

«La lectura de la obra» también avala nuestro comentario en torno a la composición. Y añade a su fuerza de paradigma la gracia —en alarde— de las calidades, tan sumisas en este caso al designio revelador de caracteres, tan colaboradoras con el empaque de los personajes de entre bastidores.

Claro que Denis es siempre indiscutible maestro en los sugeridores temas de una sola figura como «La carta», «El monaguillo» y «El picador». El quid de su maestría —insistimos— es la fuerza expresiva y el respeto al natural. Pero por la línea recta y limpia de su amor a lo real, Denis invade la zona de lo magistral evocador en cuadros como ese de la dama contemplativa y medieval, que se dijera transido de una poética intención narrativa y soñadora.

No pretendemos descubrir a Denis Belgrano; pero sí consagrar a su memoria una atención que no quisiéramos que resultase meramente exaltadora de méritos indiscutibles y ya contrastados, sino oportunamente honradora de una labor no todo lo bien conocida que merece de la generación actual. Si el tiempo acrisola virtudes y méritos, si vale para el contraste de tareas y revalorización de obras, nunca mejor aprovechado el tesoro de años que ya nos separan del maestro para alinear en páginas de actualidad los lienzos demostrativos de un pintor español ilustrísimo a cuya fama fué obstáculo, al fin y al cabo superado, la humildad temperamental de la persona.

VENTANA
AL MUNDO

